

VICENTE SALIAS COMO PERIODISTA (1813-1814)

Argenis J. Gómez Pérez
Instituto de Estudios Hispanoamericanos, U.C.V.

Resumen:

El doctor José Domingo Díaz dice en sus **Recuerdos sobre la rebelión de Caracas** que Vicente Salias era un hombre "audaz y de conocimientos, poco comunes" nadie duda de la "audacia" de Vicente Salias, pero ¿qué quiso decir nuestro famoso médico con eso de "conocimientos poco comunes"? Por otra parte, la obra literaria de Vicente Salias luce definitivamente perdida, si es que alguna vez existió. Lo que nos queda es su labor periodística como redactor responsable de la "Gazeta de Caracas" entre 1813 y 1814, cuando cae por segunda vez la república. Esta es la única puerta de entrada disponible, si ponemos a prueba la sorprendente afirmación del doctor Díaz. Así pues el estudio de esta labor periodística para comprender mejor al doctor Díaz representa el núcleo y el sentido del presente trabajo.

Palabras claves:

Venezuela, Independencia, periodismo, política, Vicente Salias.

Introducción

Desde siempre, en época de gran trastorno, sucede que el individuo se ve forzado a cambiar de actividad, de ubicación en el cuerpo social, ante la necesidad imperiosa de hacerle frente a una realidad que se desmorona rápidamente. Algunos descubren dentro de sí una nueva vocación, un nuevo camino en medio de un cosmos inquieto y a menudo violento. Así le sucedió en la Grecia clásica a Tucídides, quien a consecuencia de un fracaso en la guerra naval fue condenado al exilio, y fue entonces cuando descubrió su centro: escribir para la posteridad la

historia de la guerra definitiva entre Atenas y Esparta. Así le aconteció en la antigua Roma a Cayo Salustio Crispo, quien guerreó con César y ascendió con él, pero al ser asesinado su jefe, prefirió retirarse a una vida tranquila, y se dedicó entonces a escribir la historia de las guerras que tan bien conocía. Hay más ejemplos.

Los venezolanos de 1810 no escaparon a este reacomodo imprevisto, incluso algunos no parecen los más idóneos para el destino que tuvieron que seguir. José Domingo Díaz, médico eminente, a partir de 1810 entra en el mundo imprevisible de las confrontaciones sociales, y a partir de 1812 su biografía no será otra cosa que su frenética labor periodística en pro de la continuidad histórica del imperio español en América. Su extraordinaria actuación científica investigativa quedó, incluso para él mismo, olvidada en un rincón, en medio del tumulto de la guerra y la hojarasca de las polémicas del momento. El casi adolescente Antonio Muñoz Tébar, al que se estaba preparando para una trivial carrera eclesiástica, abandona los hábitos y prefiere, lleno de fe y entusiasmo, el camino incierto de la revolución. Aquí también los ejemplos abundan.

Vicente Salías no escapa a esta apresurada metamorfosis: estudió medicina, pero tuvo siempre inquietudes literarias, de las que no sabemos casi nada. Como médico es bastante conocida su actuación en la campaña antivariólica (1804-1808). Fue al lado del doctor José Domingo Díaz, autor de monografías científicas. Así, para abril de 1810 podemos concebirlo emergiendo de un tormentoso proceso judicial, y con motivos personales para estar resentido con las autoridades imperiales de Caracas. Al igual que el Licenciado Sanz, asumió la rebelión del 19 de abril de 1810, y comenzó entonces a manifestarse en él su otra íntima aspiración: orientar la opinión pública en medio del proceso revolucionario que se desarrollaba ante sus ojos. Quería ser **periodista**.

Salías fue de la gente de confianza del general Miranda. Fue junto al precoz Antonio Muñoz Tébar, redactor de "El Patriota de Venezuela", vocero de la Sociedad Patriótica. Ya le había hecho saber a Miranda sus aspiraciones en una carta de 23 de marzo de 1812, donde le propone la continuación de "El Patriota".

...yo procuraré establecer la opinión, hablaré de las operaciones del ejército, y cuando comience las rivalidades y los celos, arrollaré a todos en mi papel (A.N.H., 1960: 272-276- III).

Los acontecimientos se precipitaron: ante el asombro y disgusto de sus propios compañeros de armas, Miranda capituló. Y se perdió la república (julio,

1812). Vicente Salías fue a dar a la cárcel —las bóvedas de la Guaira, el castillo de Puerto Cabello—, hasta que fue liberado por un indulto de las Cortes de Cádiz (1813).

Entretanto, Bolívar y un grupo de oficiales emigrados, con un pequeño ejército de neogranadinos, ha invadido por el Táchira y de batalla en batalla, de triunfo en triunfo, se dirige a Caracas. Es la Campaña Admirable: Niquitao, Los Horcones, Los Taguanes. A comienzos de agosto (1813) el joven general victorioso entra en la capital, pero ya instalado en ella, no restaura la república de 1811 como había prometido a las autoridades de Bogotá, sino que se encamina hacia el poder personal. Para Vicente Salías, que se ha unido a él, es la oportunidad soñada de poner en práctica la misión para la que se sentía llamado: el periodismo polémico revolucionario. Bolívar lo pone al frente de la **Gazeta**.

1. En La Gazeta

Al igual que el doctor Díaz al presentar la **Gazeta** bajo Monteverde, para presentar la nueva **Gazeta**, Salías debe redactar un texto explicativo de las finalidades del nuevo periódico. Y ya se notan las diferencias: el temperamento agresivo y apasionado de Salías va por delante. De entrada descalifica a la anterior **Gazeta** afirmando que:

...los títulos de insurgentes y de bandidos se prodigaron en aquel despreciable papel, así es que hecho para circular en medio de los mismos a quienes ultrajaba, y cuya opinión aun en las calamidades, mantenía fija y constante, en favor de la República, cayó su descrédito inmediatamente y ni toda la autoridad del intruso Gobierno, pudo hacer las compras de persona alguna, en tales términos que se le vio desaparecer poco después de haberse publicado. ... (Gazeta de Caracas, 26 agosto 1813).

Y se lanza de una vez a lo que a partir de entonces será su campaña sistemática: la denuncia de las crueldades de los jefes realistas, argumento al parecer suficiente para justificar el decreto de guerra a muerte (Trujillo, 15 junio 1813). Estas crueldades habían sido ocultadas o justificadas por la **Gazeta** anterior, bajo responsabilidad del doctor Díaz. En efecto, este, hombre venido de las filas revolucionarias y convertido ahora en militante apasionado de la causa realista, no vio mejor solución que ignorar o minimizar las irregularidades o escándalos del régimen que defendía, sobre la base de que este representaba

los superiores intereses de la monarquía española en Venezuela. Esto era lo fundamental, cualquier otro aspecto de la realidad pasaba a un segundo plano lejano, insignificante.

Salias promete también ser veraz en la información. Cumplirá fielmente su programa de denuncia de la crueldad hispánica, pero no siempre su información será veraz. De todos modos la *Gazeta* reflejará a su manera la evolución ideológica del comando republicano en una guerra feroz que se extendió por todo el territorio nacional.

En el primer número de la *Gazeta* a su mando Salias describe la entrada triunfal de Bolívar en la capital: el tropel de hermosas muchachas vestidas de blanco, coronadas de laureles, con flores en las manos; el joven general que desciende de su cabalgadura para recibir el homenaje de la multitud —30.000 personas, según el cronista las salvas de artillería, el alegre repicar de las campanas. Salias no vacilará en ir a buscar en la Grecia clásica los símiles apropiados: la entrada de Bolívar a Caracas es como la de Milcíades en Atenas, después de haber derrotado a los persas en Maratón; pero con una diferencia a favor del caraqueño: el pueblo ateniense no sintió la amenaza de poderío persa; Bolívar, en cambio, libertaba a un pueblo que había sufrido a lo largo de todo un año el agobio de un régimen tiránico. Salias se deja llevar en alas de la fantasía, y se ve a sí mismo diciendo a sus descendientes ante la estatua del héroe: "Ved vuestro Libertador. A él debéis el aire que respiráis". He aquí que Bolívar se ha transfigurado, pues ha asumido la misión más sublime para un jefe militar: aportar la libertad al pueblo oprimido. Ha salido de la fila de los hombres corrientes para entrar en la extraordinaria de los héroes. Es el Libertador, nace el mito.

Y sin embargo, es el comienzo de una dictadura.

La *Gazeta* publicada regularmente los boletines militares para informar acerca de la marcha de la situación en los frentes de batalla, pero lo esencial era la denuncia de la crueldad y primitivismo de los jefes realistas. Así publica una carta extraída de la correspondencia abandonada por Monteverde en su huida hacia Puerto Cabello. Es una que le dirige el oficial Francisco Cervéz. He aquí su núcleo:

...no hay más Señor, que un gobierno militar; pasar a todos estos pícaros por las armas, yo le aseguro a V.S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo gobierno político debe separarse inmediatamente pues nos debemos estar ni por la regencia, ni por Cortes, ni por Constitución, sino por nuestra seguridad, y el exterminio de tanto insurgente y bandido. Yo bien conozco que no se puede acabar

con todos, pero acabar con los que puedan hacer de cabezas, y los demás a Puerto Rico, a La Habana, o a España con ellos. ... (*Gazeta de Caracas*, 9 septiembre 1813).

Era, del lado español también, la guerra de exterminio, y el mismo Monteverde no andaba muy lejos de esta actitud cuando se declaraba partidario del castigo como formas de gobierno para el país, postergando así toda la legalidad española. Sin embargo, hay que decir que esto no le fue fácil, pues se topó con la entereza de hombres como José Francisco Heredia, el célebre regente, el fiscal José Costa y Galli, y el filosófico intendente Dionisio Franco, que sirvieron de dique de contención al empuje casi indetenible de la arbitrariedad y la violencia, que se filtraba por todas partes.

Claro está que ni el primitivismo de Cervéz, Zuazola y congéneres ni las arbitrariedades de Monteverde servían para balancear las implicaciones del decreto de guerra a muerte, que supone el exterminio de prisioneros y sobre todo, la transformación de la guerra por la independencia y la república en una guerra de razas y nacionalidades, que no podía sino tener malas consecuencias. Y las tuvo.

Salias comenzó a hacerle comentarios de pie de página al material que publicaba, una innovación que se hará pronto costumbre. En la *Gazeta* de 16 de septiembre de 1813 hay otra innovación: cambia el epígrafe. Desaparece el antiguo principio de derecho romano *Salus populi suprema lex esto* (que la salvación del pueblo sea la suprema ley), que había presidido a la *Gazeta* a partir de 19 de abril, y aparece otro epígrafe, esta vez en francés, "L'injustice a la fin produit l'indépendance" (La injusticia termina por producir la independencia). Ambos no fueron puramente decorativos, reflejaban a su modo sentimientos esenciales. El primero de ellos reclamaba el derecho que le asistía a las provincias españolas para tomar decisiones en medio de una crisis institucional grave. Entonces fue el destronamiento de Fernando VII y la ocupación de España por tropas francesas.

Este era el principio al que se echaba mano en la antigua Roma cuando la oligarquía gobernante creía en peligro sus intereses fundamentales. Tal consigna tuvo desde el comienzo un peligro: abría la puerta a las arbitrariedades, que podían cobijarse con su manto. De todos modos, luego del 5 de julio de 1811, cuando la independencia pasaba a ser el objetivo primordial, el viejo epígrafe en latín ya no quería decir nada, estaba superado por los hechos. Vicente Salias lo vio claro y se fue a buscar otro para sintetizar el nuevo estado de espíritu: "L'injustice a la fin produit l'indépendance" dice bien el novedoso estado de ánimo: es la injusticia con que se ha tratado a las reivindicaciones de

la Junta del 19 de abril lo ha obligado a plantear la tesis formidable de la independencia total, que resumía en verdad las aspiraciones de los más exaltados. Se recurría a la independencia como última puerta de salida, y sin alegría. Desde el principio suponía la guerra, era una perspectiva repleta de riesgos y peligros. Nadie lo percibió en el aire mejor que el licenciado Sanz: a cada número del "Semanario" su angustia va *in crescendo* a medida que se acerca el 5 de julio de 1811. Los que han leído el "Semanario de Caracas" lo saben.

Desde el primer momento Vicente Salias mantuvo en la *Gazeta* un clima de exaltación patriótica acorde con la guerra implacable que se libraba, un acierto en su labor de periodista vocero del gobierno revolucionario presidido por el joven Bolívar. Fue una considerable ayuda psicológica para los jefes o simples soldados que debían batirse en los cambiantes frentes de batalla. Así publica una carta que Antonio Picón, padre de un joven muerto en combate, envía al general Bolívar. Allí podemos leer que:

...los consuelos con que usted se digna atemperar mi dolor han producido sin duda todo su efecto. Yo no lloraré una muerte que ha contribuido a la libertad de Venezuela, y ojalá que la sangre del joven militar derramada, pero no perdida, en la campaña, aliente a sus hermanos y mis hijos a marchar sobre sus huellas en el campo del honor (*Gazeta de Caracas*, 26 septiembre 1813).

Es el extrañío entusiasmo por la guerra y la muerte.

Bolívar hace publicar textos duros, sin ahorrar las penas de muerte, y en los artículos de la *Gazeta* se juega con la macabra idea de que los españoles desaparecerán en América a causa de la guerra a muerte que se les hace en todas partes. Es la guerra de razas y nacionalidades.

2. Atanasio Girardot

En un boletín fechado el 1º de octubre de 1813 en Valencia y firmado por el mayor general Rafael de Urdaneta, se anuncia la muerte en combate del coronel Atanasio Girardot, oficial neogranadino que vino acompañando a Bolívar desde su invasión a Venezuela, y se había destacado tanto en Nueva Granada como en nuestro país. Su inesperada muerte fue una conmoción en el mando republicano. Bolívar aprovechó la ocasión para testimoniar por todo lo alto su agradecimiento a la ayuda que le había suministrado el gobierno independentista de Bogotá. Promulgó una ley para honrar la memoria del héroe

y dispuso que su corazón fuera llevado en procesión solemne a Caracas, en cuya catedral sería finalmente depositado.

Vicente Salias reseña el acontecimiento en un número especial —14 de octubre de 1813—, y lo interpreta como una manifestación popular de apoyo al nuevo sistema y a su jefe el general Bolívar. En efecto, este se separó del cortejo fúnebre en Antimano y se vino a Caracas a instancias del gobernador político y del arzobispo Coll y Prat, según el cronista. De modo que Bolívar fue recibido como libertador en Caracas por segunda vez en algo más de dos meses. Vicente Salias también se exalta por segunda vez en su descripción de los hechos:

...qué espectáculo tan grandiosos! Treinta mil almas corren a tributar su gratitud al Vencedor. Todas prorrumpen en exclamaciones. Todas las voces dicen de concierto: Viva el general Bolívar, viva el Libertador. Todos quieren poner la corona del triunfo en sus sienes. Coros de música acompañan su marcha, y celebran su gloria: su tránsito está regado de flores: las paredes ricamente entapizadas: jóvenes elegantemente vestidas, teniendo en sus manos canastas de olorosas flores, las esparcen sobre el Vencedor. Todo es júbilo: todo es entusiasmo. La entrada de Bolívar es un día de alegría, que todo ciudadano le impone la ley de celebrar (*Gazeta de Caracas*, 14 octubre 1813).

Por un momento el redactor ha olvidado la procesión fúnebre y ha vuelto a exhibir su admiración por Bolívar. Pero termina por regresar a su crónica hasta que el corazón de Girardot ha sido depositado en la Catedral de Caracas por el arzobispo Coll y Prat..

Bolívar es proclamado Capitán General de los ejércitos y Libertador de Venezuela por el cabildo caraqueño. El agradece tales munificencias y destaca en un pequeño discurso los méritos de sus compañeros de armas. Preocupado por el nuevo orden que debía presidir a la república, organiza una consulta pública a personalidades reconocidas del mundo del derecho: Miguel Peña, Miguel José Sanz, Francisco Javier Ustáriz, para recabar opiniones.

3. La reyerta con José Domingo Díaz

La *Gazeta* de 22 de noviembre de 1813 trae información sobre Curazao donde se alude a un "manifiesto" que el doctor Díaz había publicado acerca de:

...la pérfida conducta que observaron los principales agentes de la revolución del 19 de abril en Caracas, y la de algunas de las personas del

congreso y Poder Legislativo, instaladas en aquella ciudad. (Gazeta de Caracas, 22 noviembre 1813).

El cronista de la Gazeta responde a tono violento al doctor Díaz llamándolo “espúreo patriota” y acusándolo de ser el defensor de bárbaros como Zuazola, Pascual Martínez y Antoñanzas. Así comenzó la primera polémica periodística -aunque sería mejor llamarla trifulca o reyerta, por la extrema violencia verbal y la escasez de ideas. Sus protagonistas, el doctor Díaz, que sufría su primer exilio en Curazao; y la Gazeta de Caracas, a cuyo frente se encontraba Vicente Salias, su antiguo compañero en la Junta Central de la Vacuna, ahora enemigo personal.

El 25 de noviembre de 1813 aparece otro artículo comunicado y esta vez va con la franca intención de demoler moral y socialmente al doctor Díaz atacándolo en el terreno que incluso la imprecisa moral pública de entonces consideraba inviolable, es decir, en su vida privada. Se le denuncia como el fruto de “un ayuntamiento criminal e ilegítimo” entre un médico romancista llamado Juan José Castro —“Juancho” Castro, en lenguaje coloquial—, y una mujer blanca. Allí se dice que para obtener el título de doctor “fue preciso hacer muchos gastos en la Corte”, a causa de su origen “africano”. Que se fue a España “a solicitar honores que ocultasen su baja extracción”, y donde para poderse casar “se puso hijo legítimo de la casa de los Díaz Argote”. Que su época más brillante fue bajo Monteverde. En fin, que “Juancho” Castro al morir, le había dejado una herencia “de la que no tuvo empacho en apoderarse”, etc.

Es insólito que Vicente Salias haya publicado esto en su Gazeta: no es sino una retahíla de mentiras y calumnias originadas en el malsano desdeseo de destruir al enemigo, sin reparar en los medios. Este ataque innoble, que pretende volver a actualizar el supuesto carácter “pecaminoso” del nacimiento, según los estrechos criterios racistas de la vieja sociedad colonial, a fin de cuentas no lo consigue, pues ya en su propia época era no poco mérito que un niño expósito llegara a cruzar los umbrales de la universidad y obtuviera un doctorado en la quisquillosa Real y Pontificia de Caracas. En cambio, sí destiñe y baja de su pedestal a la figura de Vicente Salias por inescrupuloso.

Nadie ha podido aportar prueba alguna de que Juan José Castro haya sido el padre de José Domingo Díaz. Como sabemos ahora, el doctor Díaz era “blanco, de ojos verdes y de pelo crespo”: en qué queda su origen “africano”? Si hubiera sido mestizo o mulato nunca hubiera realizado estudios universitarios en una sociedad caracterizada por su racismo. Por otra parte, nada se sabe de esta acusación antes de 1813. Sólo difamación.

Díaz no tuvo que hacer gastos excepcionales en las cortes, sino que obtuvo un permiso Real para recibir sus títulos, a pesar de su condición de expósito blanco. Tampoco fue a España a buscar honores, sino a reivindicar su buen nombre profesional, seriamente comprometido por la abrupta destitución de que fue objeto por parte del cabildo caraqueño a comienzos de 1808. Fue también a recuperar su salud perdida. Evidentemente el autor del desdichado artículo ignoraba o fingía ignorar la actuación de José Domingo Díaz como médico de ciudad (1802-1808); su desempeño como secretario en lo científico de la Junta central de la Vacuna (1804-1808). En fin, nadie ha podido aportar el más mínimo indicio de que Juan José Castro le haya dejado herencia alguna a nuestro médico-periodista. Simple calumnia?.

Afuera mientras tanto, rugían los combates, Monteverde seguía encerrado en Puerto Cabello, la Gazeta seguía informando sobre triunfos republicanos y presentando a los españoles como un pueblo cruel, llamado a un destino trágico, causante del decreto de guerra a muerte y merecedor de un castigo equivalente a su natural crueldad. Sin embargo, la situación no era buena para los jóvenes oligarcas republicanos: la crisis económica seguía empeorando, la dictadura del joven Bolívar no arreglaba mejor las cosas, pues se caracterizó desde el principio por su extrema violencia. Apoyada en un decreto de guerra a muerte, desembocaba rápidamente en un régimen de terror revolucionario, que al mismo tiempo que parecía no tener otro programa que la conducción de la guerra, no estimulaba la simpatía popular, y para completar el panorama, no tenía nada que ofrecer a la masa de esclavos que participaba en la guerra, y no para defender la causa de sus antiguos amos, sino para servir a caudillos que a nombre del rey de España les prometían acceder a un bienestar que no era posible por otros medios.

En la Gazeta republicana podemos observar este proceso, siempre reflejando en el lente deformante de las posiciones de partido, pero siempre perceptible. En la Gazeta del 6 de diciembre de 1813 hay en primera página unas “Reflexiones sobre el estado actual de los llanos”, donde su autor describe los progresos de la resistencia popular realista y el surgimiento de Boves:

...no es nada extraño ver en estos extensos territorios partidas de salteadores que sin opinión alguna, y sólo con el deseo de vivir del pillaje, se reúnan en grupos, y sigan al primer caudillo que les ofrezca el botín del pueblo en donde despojen a sus habitantes de su propiedad. Tal es la causa de que Boves, y otros bandidos de esta especie hayan

podido reunir multitud de esta misma gente que halla su utilidad en la vida vagabunda, en el robo, y en los asesinatos. (Gazeta de Caracas, 6 diciembre 1813).

No eran sino "bandidos" en busca de botín y nada más.

4. Se inicia el retroceso

En la Gazeta del 20 de diciembre hay de nuevo unas "reflexiones sobre el estado del occidente y provincia de Barinas", que no pueden ser sino de Vicente Salias por su vehemencia. Allí se hace un contraste entre las zonas gobernadas por los republicanos y las otras en manos de los realistas. Pero hay un elemento nuevo en la permanente denuncia de la crueldad hispánica: ahora se trata de hacer ver que la ferocidad propia de los españoles se ejerce también contra la religión. Además de crueles, eran impíos:

...obsérvese el robo organizado en las ciudades y en los caminos públicos, desde San Francisco de Apure y desde Coro, hasta San Felipe y Puerto Cabello, donde no sólo se han despojado a las desdichadas familias de sus propiedades, sino que los vasos sagrados, las custodias sacramentada, la vestidura sacerdotal, han sido arrancadas de las iglesias, y las han distribuido entre sí, aquellos sacrílegos españoles:... (Gazeta de Caracas, 20 diciembre 1813).

Es que ya la república se encuentra a la defensiva y Bolívar intenta tender una mano a las autoridades eclesiásticas y de algún modo atraerlas al nuevo régimen, en vista de la creciente dificultad que resentía para acabar con las terca oposición monárquica.

El desconcertado gobierno republicano presidido por el general Bolívar, comenzaba a retroceder en sus objetivos, y en lugar de actuar como una fuerza de renovación social pretendía ahora aparecer como una fuerza defensora y protectora de ese mismo régimen contra el cual había insurgido, sin prever las consecuencias. Defender a la Iglesia y las propiedades equivalía a abandonar el programa revolucionario, por tímido que este haya sido; era dejar la guerra seguir siendo lo que ya era: una guerra ciega de razas y nacionalidades, que no conducía hacia la república representativa moderna, sino al exterminio de los españoles, considerados como "una mala raza". Una guerra vacía de contenido, abierta a todo tipo de arbitrariedad y presidida por un decreto de guerra a muerte. La lucha histórica por la república vivía entonces su hora menguada.

A comienzos de enero de 1814, convoca Bolívar una: asamblea popular en el templo de San Francisco para rendir cuentas de su actuación como gobernante revolucionario. De results de tal asamblea Bolívar reafirma sus poderes dictatoriales. Vicente Salias hace la correspondiente reseña en la Gazeta y publica el pequeño discurso que Bolívar pronunció entonces. En este se nos revela el fondo de su pensamiento y el sentido de su lucha:

Anhelo por el momento de transmitir este poder a los representantes que debéis nombrar, y espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos; pues no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada. (Gazeta de Caracas, 3 enero 1814).

Iniciaba así Bolívar su difícilísima lucha porque la guerra desembocara en un régimen civil, pacífico, republicano, en el que las fuerzas armadas no fueran sino los guardianes de la libertad y de la paz. El resto de su extraordinaria vida transcurrirá sin que pudiera ver esta halagüeña perspectiva convertida en realidad.

En la Gazeta continúa la polémica entre José Domingo Díaz y su redactor Vicente Salias. Esta vez el texto va firmado con el pseudónimo de "Aristarco", alusión a Aristarco de Samotracia, gramático y crítico griego, a quien se debe la división de los poemas homéricos en 24 rapsodias enumeradas según el alfabeto griego. Crítico severo e ilustrado. No es otro que Vicente Salias. Esta vez enfila todas sus baterías contra ese venezolano que defiende al rey de España y a los españoles con la misma pasión que él defiende a Bolívar y sus republicanos. De su pluma salen entonces a modo de ráfagas de fusilería, agrias recriminaciones e injurias para aniquilar al doctor Díaz, de la misma manera que Bolívar trataba de aniquilar a la incomprensible guerrilla realista:

...para este entusiasta de los tiranos, Miliciades sería un capitán de bandidos, Arístides, un perverso, Bruto, un asesino. "Compatriotas" es la expresión con que el doctor Díaz dirige sus libelos a los republicanos que le detestan. Si yo fuera apostrofador, diría a este charlatán, que quiere hacer el hombre de eñteñdad: "¿Cómo te atreves, entre despreciable, a profanar con tus impuros labios el sagrado nombre que pronunciáis, el nombre augusto que sólo pueden llevarle los defensores de la libertad. ¿Tú, nuestro compatriota? Tú, tímido adorador de la mano que te ha encadenado: tú, entre servil, que llamas siglo de oro, aquel tu patria gemía en los más degradantes hierros. Ve a buscar al Ebro, al genil, o al Manzanares tu patria; o más bien, corre a orillas de Mozambique, y

encontrarás compatriotas entre los hijos de tus progenitores. ... (Gazeta de Caracas, 13 enero 1814).

Miliciades es el vencedor de los persas en Maratón; Aristides es Aristides el ateniense, modelo clásico de integridad, desinterés y amor a la patria; y Bruto, Marco Junio Bruto, fundador de la república romana. Se nota que Salías le ha seguido la pista a las "cartas" que Díaz enviaba desde Curazao para animar la asistencia monárquica, y podía enfrentarlo hasta sus propios giros de lenguaje ("...Sí, tú lo viste todo"). Es lo que hará tarde el doctor Díaz con los escritos de Bolívar.

Esta polémica, abrumada de odio, continúa en la Gazeta del 17 de enero de 1814. Salías ataca las tesis que Díaz esgrime: en lugar de unos tiempos coloniales rosados y pastoriles, denuncia los siglos de dominación hispánica, sin ver en ellos nada positivo. Es el estribillo enloquecedor de los revolucionarios, la negación del pasado, "trescientos años de opresión", "tres siglos de desastres, injusticias y opresión". Salías reivindica el carácter pacífico del 19 de abril, el sacrificio de Gual España, el sufrimiento de Antonio Mariño. Pero no se queda allí, recurre a la historia para darle trascendencia mundial a esta lucha de los países pequeños por su independencia, frente a los grandes imperios avasallantes. Salías cita Meichtal, Staufacher y Furst, héroe de las luchas por la independencia suiza en plena edad media. Más cerca de nosotros, proclama a Washington y a Franklin, etc., frente al doctor Díaz, que quiere proclamar la obra civilizadora de España en América. Salías se desata:

... ¡mas quién no sentirá el más alto grado de indignación y desprecio por el bastardo Díaz, al verle ensartar una cáfila de gobernadores de Caracas; los unos perversos, los otros imbéciles, y todos en enemigos nuestros, y preguntar en un tono enfático y fastidioso, que a qué hombres ilustres han hecho mal estos mandatarios. Impudente! Yo te citaré millares de víctimas, sin contar a los virtuosos Gual y España, sacrificados al vergonzoso temor del desreglado, lascivo y brutal Vasconcelos, que murió a los ochenta y cinco años, de un exceso venéreo, y entre los brazos del instrumento de sus placeres. ... (Gazeta de Caracas, 17 enero 1814).

Así iba esta primera polémica, reyerta o trifurca periodística en la Venezuela republicana, y se desmorona también la imagen simpática que la historiografía tradicional le fabricó a Vicente Salías. El fue siempre hombre de pelea, inteligente, excesivo, muy culto, pero también muy poco escrupuloso. He aquí el hombre "audaz y de conocimientos poco comunes", de que habla el doctor Díaz en sus Recuerdos sobre la rebelión de Caracas.

La polémica por momentos terminó, pero no murió. Todo lo contrario, el modelo tuvo éxito, fijó el tono pasional y la escasez de ideas como forma de confrontación. Fue el comienzo de una tradición que recorrerá imperturbable nuestro desolado siglo XIX. Estos textos carentes de reflexión y sosiego han servido de base a todos aquellos que no quisieron o no pudieron discernir cuánto de pasión y exageración había en estos planteamientos. No se atrevieron a revisar los criterios esgrimidos por los libertadores, situados en el centro de una lucha difícil, a menudo desesperada, en la que era imposible corregir o matizar lo que se había escrito. Afortunadamente, las aguas han bajado y hoy podemos contemplar nuestro pasado colonial sin ennegrecerlo innecesariamente, sino integrándolo en el proceso histórico como un componente valiosos de nuestra identidad política y cultural.

5. Una República en apuros

La Gazeta seguía su campaña antiespañola, pero la situación militar terminaba de arreglarse para los republicanos. Pese a las derrotas, la resistencia monárquica se organizaba en guerrillas que obstaculizaban los movimientos de las tropas republicanas y podían llevarlas a la escasez de recursos, la desarticulación y la inmovilidad. Los jefes independentista resentían cada vez más la falta de apoyo popular, traducida en el hecho preocupante de que muchos venezolanos hacían filas en las tropas realistas, haciendo oídos sordos al mensaje de independencia y república moderna. En fecha tan temprana como diciembre de 1813 ya Bolívar lo constata en un decreto de amnistía fechado en San Carlos, 7 de diciembre de 1813, donde confiesa que:

Tenemos que lamentar entretanto un mal el más sensible y es el de nuestros compatriotas, que se han prestado a ser el instrumento odiosos de los malvados españoles.... (Bolívar, Simón, 1947: 1046).

Estaban a la vista los efectos de la guerra, la ruina de la economía, la aniquilación de bienes culturales irremplazables. Ya no podían ocultarse, pero para los republicanos manejar esta situación terrible envolvía otro problema: desde el principio habían justificado la irrupción revolucionaria descalificando los tres siglos de dominación hispánica como "tres siglos de desastres, injusticia y opresión". ¿cómo iban entonces a denunciar la destrucción de iglesias, haciendas, bibliotecas, archivos, etc., testigos elocuentes de siglos de construcción y evolución cultural? El alucinante estribillo de "trescientos años de cautiverio", fruto de la efervescencia revolucionaria, se revelaba **ahora** no

sólo como falso, sino también como inmanejable. Sencillamente, ya no servía para nada, había muerto de muerte natural. Al bando republicano no le quedó otra puerta de salida que olvidar la vieja consigna, y saltando por encima de la flagrante contradicción, hacer a las tropas realistas responsables de la inmensa destrucción cultural de la guerra, una guerra precedida por un decreto de guerra a muerte, que devoraba el bien cultural por excelencia: el hombre mismo. Eran tiempos de confusión para los jóvenes aristócratas republicanos.

Vicente Salias asume el cambio de actitud en la Gazeta del 3 de marzo de 1814, cuando informa sobre la situación en los valles de Aragón y del Tuy:

Ocupados momentáneamente los valles de Aragón y del Tuy por las partidas de Boves, han visto aniquilado en pocos días lo que había elevado una serie de siglos. Mientras que Carlos V y Luis XIV, con la tea de la discordia en la mano, abrasaban la Europa, nuestros padres que entonces cultivaban la tierra, fundaban las ciudades, hermosecaban esos mismos asilos donde el español sorprendido recibía por la vez primera la hospitalidad, levantan sus cabezas del polvo de sus sepulturas, buscan en vano lo que edificaron sus trabajos, aquellas obras de arte, aquellos monumentos que llevaban un sello de inmortalidad. Todo ha perecido: el lugar mismo donde estuvieron ciudades no puede distinguirse. El hijo europeo de aquel mismo español que nuestros abuelos colmaron con sus dones, ha traído su furor a la América. Ha aplicado el fuego a nuestras obras: ha sepultado su puñal en los pechos americanos. ... (Gazeta de Caracas, 3 marzo 1814).

Esta extraña explicación atribuye a la primera generación de españoles conquistadores y fundadores de ciudades, un papel positivo en nuestro devenir histórico, labor que fue aniquilada después por sus propios descendientes. Esta sorprendente secuencia de razonamiento es lo que permite a Salias considerar al español Rosete como el gran responsable de la devastación de los Valles del Tuy, y no vacila en entrar en detalles macabros para respaldar la tesis de la crueldad congénita de los españoles. Al igual que José Domingo Díaz, Vicente Salias también lamentará la desaparición del viejo país, pero según él, a causa de la crueldad española:

... aquel país, que era la recreación de los que le contemplaban, es un cúmulo de ruinas: un mar de sangre le ha cubierto por todas partes. Pidamos a los llanos, al occidente, a los valles del Tuy y Aragón, nuestros parientes, nuestros amigos. Las tumbas vomitan sus cadáveres. Se presentan a millares, y acusan al español, que hizo sus deleites de los martirios en que murieron. El seno virginal mutilado el anciano y el sacerdote arrastrados por los cabellos, los ojos y las entrañas del niño

arrancadas, el labrador desollado, los síntomas del veneno sobre otros: he aquí las torturas crueles que el genio español ha inventado (Gazeta de Caracas, 3 marzo 1814).

Al parecer, Salias ha olvidado el decreto de guerra a muerte, que estaba vigente. Según ese decreto, los condenados a muerte eran precisamente los españoles, que ahora eran acusados de crueles. El bando republicano estaba enredado en sus propia madeja: el régimen arbitrario de Monteverde había sido substituido por otra dictadura militar, esta vez republicana, al mando de Bolívar y respaldada por un decreto de guerra a muerte, que impedía el regreso a la normalidad. Era la guerra de criollos contra españoles, considerados como responsables de todo. Una guerra que se libraba para traer libertad al pueblo, pero que no incluía ningún programa de reforma social, y para colmo seguía temiendo la participación de esclavos en la contienda, sin apreciar que esta fue una de las causas esenciales del fracaso del general Miranda y la caída de la llamada primera república.

En la medida en que transcurre 1814 la situación de la joven república se hace más difícil. Vicente Salias sigue publicando artículos donde destaca el valor de los caraqueños, pero en los frentes de batalla, entre derrotas ocasionales y victorias costosas, los jefes republicanos se siguen topando con la resistencia realista, que ahora se manifiesta en verdaderos ejércitos con excelente caballería, o por guerrillas que libran una exitosa guerra de desgastes. Esta resistencia ha encontrado ya en José Tomás Rodríguez Boves el jefe implacable que a base de tenacidad y mano de hierro llevará a sus tropas al triunfo contra la incoherente república.

El propio Bolívar reconoce el daño que le hacía esa terca resistencia a base de bandas armadas que desarticulaban e inmovilizaban a los ejércitos patriotas. Así lo deja por escrito en una proclama firmada en San Carlos, 24 de marzo de 1814:

... nada ha tomado el enemigo por la fuerza. La incomunicación en que han puesto a nuestros ejércitos, las partidas de bandidos que cubren las inmensas provincias que ocupábamos, han reducido a nuestras tropas a carecer de municiones, de alimentos, y de noticias. Los bandidos han logrado lo que ejércitos disciplinarios no habían obtenido (Gazeta de Caracas, 28 marzo 1814).

Su secretario de estado, Antonio Muñoz Tébar, redacta una dolorosa y hasta premonitoria necrología colectiva de los muertos de la república: el coronel Luis Rivas Dávila, el coronel Manuel Villapol, el coronel Vicente

Campo Elías, el capitán Rudecindo Canelón, el capitán Jaime Picón, de apenas 16 años, el subteniente Pedro Buroz, de 14, etc.

Vicente Salias sigue adelante. Publica un diálogo entre "Boves y Rosete", todo basado en la ficción de que estos jefes realistas estaban arrinconados y desesperados, es decir, lo contrario de lo que realmente estaba sucediendo. Lo hacía así, quizá porque no tenía contacto directo con la línea de combate, o porque quería mantener alta la moral de su gente. Sea como fuere, es una prueba innegable de su versatilidad periodística y de capacidad literaria. Salias, con sus notas de pie de página, con sus artículos comunicados, con sus necrologías eruditas, con sus versos, y ahora con sus diálogos ficticios entre connotados personajes de la guerra, daba muestras de una destreza y un espíritu de combate nunca desmentidos, sólo empañados cuando cegado por su temperamento, recurría a la calumnia y a la maledicencia como arma de combate. Así le sucedía con el doctor Díaz, al que guardaba rencores y envidias enraizados por el tiempo. Con todo, Vicente Salias en la Gazeta de Caracas es nuestro primer ejemplo de periodismo combativo en la Venezuela republicana.

A medida que el panorama se tomaba más oscuro para los republicanos, la Gazeta comenzó a sugerir la idea de que dada la extrema ferocidad de la guerra, esta estaba dañando las relaciones comerciales del país, y que los ingleses no debían seguir siendo indiferentes ante una situación que en algún momento podía afectar seriamente sus intereses. Dicho en forma más franca: se los invitaba a intervenir. Es lo que asoma alguien que firma "Casio" en la Gazeta del 7 de abril de 1814, y que con toda seguridad no es otro que el propio Vicente Salias.

...la nación inglesa, que ha protegido la independencia del mundo, no verá con interés la de este privilegiado continente, cuyos puertos tiene abiertos para su comercio, y en los que los ingleses encontrarán la favorable acogida, y que ha prohibido siempre en América, el tiránico gobierno español? (Gazeta de Caracas, 7 de abril 1814).

La república retrocedía no sólo en los campos de batalla, donde no sabía qué hacer frente a la resistencia monárquica, que ya contaba con jefes como Rosete, Ceballos y sobre todo Boves. Retrocedía en el terreno diplomático cuando pedía y hasta reclamaba una intervención inglesa para recomponer las cosas. Retrocedía también en el terreno político-religioso, pues intentaba ahora ganarse la simpatía de las autoridades eclesiásticas, que eran el fundamento más sólido del régimen que ellos combatían. Se hacía ver ahora que los españoles eran tan bárbaros que profanaban templos y humillaban a la religión.

Los republicanos eran pues, los verdaderos defensores de la religión y de sus fueros.

Y Vicente Salias, como de costumbre, va más allá, y cuando reseña el regreso a Caracas del arzobispo Coll y Prat de su visita pastoral al interior del país, dice:

... él ha visto la custodia, y vasos sagrados sacados de lugares inmundos, él no ignora la violación y el asesinato de una mujer en el templo de Dios él en fin viene horrorizado de la irreligión y atentados sacrílegos de nuestros feroces enemigos, que profanan e incendian los templos mismos donde hemos recibido la sagrada religión de nuestros padres, religión por la que sacrificaremos gustosos nuestras vidas. (Gazeta de Caracas, 14 de abril 1814).

Al arzobispo Coll y Prat nada de esto le hizo gracia. Fiel vasallo de Fernando VII y defensor de sus intereses en América, no vio allí sino la hipocresía de Vicente Salias; y eso de ponerlo como testigo de la crueldad española no fue para él sino un estorbo a la hora de justificar ante el rey, los vaivenes de su conducta en tierras venezolanas.

En una proclama memorable, fechada en Valencia, a 13 de abril de 1814 Bolívar reconoce explícitamente el fracaso de la visión del pasado cultural que habían querido imponer los revolucionarios, y reconoce el enorme desastre de la guerra. Nadie mejor que él para expresarlo en palabras cargadas de verdad, y que respiran rabia, decepción, tristeza:

Vuestros opresores han desplegado toda la saña y maleficencia de que es capaz su perversidad innata. Una devastación universal ejercida con el último rigor ha hecho desaparecer del suelo de Venezuela la obra de tres siglos de cultura, de ilustración, y de industria. Todo ha sido anonadado. El fuego ha reducido a cenizas las ciudades y las campiñas, el hierro ha demolido los edificios, que no decoraron las llamas: la hacha del verdugo ha inmolado al niño, al anciano, a la virgen, al inválido, sin perdonar la inocencia, ni la debilidad; ... La guerra ha sacrificado millares de vuestros soldados; mas estos son los únicos que han muerto con honor y su sangre ha redimido la que corre en vuestras venas. (Gazeta de Caracas, 21 de abril 1814).

Mientras tanto, Salias continúa, ahora de manera intermitente, su pelea verbal con el doctor Díaz. Así publica el 16 de mayo un artículo comunicado, que es un verdadero vendaval de insultos personales ("miserable", "reptil delirante", "hijo espurio de Caracas", "hombre vil", "alma baja y perversa", etc.). La reyerta se extingue, afortunadamente, en la Gazeta del 19 de mayo, en

el mismo tono y sobre el mismo tema. En cuanto a ferocidad, denuestos y pocos escrúpulos, Vicente Salias fue sin duda el ganador.

Quedaba aún otra realidad que desafiaba al mando republicano, reclamando una decisión clara y posible, renovadora. Era el problema de los esclavos y la guerra: a pesar de que la rebelión en Barlovento jugó su papel en el desmoronamiento de la dictadura de Miranda en 1812, pues las promesas de libertad llegaron tarde, los republicanos de 1813 seguían apegados al recelo que sentía Miranda frente a una guerra con participación de esclavos. En cambio, los caudillos realistas, que no eran precisamente aristócratas, vieron las cosas de otra manera, especialmente Boves, que no vaciló en ponerlos a su favor con promesas de libertad, botín y tierras. La Gaceta del 23 de mayo de 1814 revela la gravedad de la situación:

Boves ha levantado toda la esclavitud de los llanos. Boves los ha hecho militar, y con la pretendida libertad, los ha hecho cometer los actos más atroces, y los asesinatos más inicuos. Desde Calabozo hasta las extremidades de Apure, y desde los confines de Barcelona hasta Calabozo, ha subvertido todas las esclavitudes que formaban la mayor parte de su ejército. No hay una sola hacienda de ganado cuyos esclavos no hayan sido forzados a militar en el ejército de este bandido. ... (Gazeta de Caracas, 23 de mayo 1814).

El articulista ve esta situación como un plan diabólico para destruir el país. Teme además, su contagio a las colonias del Caribe, y llega a la conclusión de que el gobierno republicano debía poner en alerta a los ingleses. Era otra manera de invitarlos a intervenir. El joven comando revolucionario llegaba así al fondo de su confusión y desconcierto: su versión del pasado había fracasado; buscar la simpatía de las autoridades eclesásticas era también un camino al fracaso; pedirle a los esclavos sublevados que volvieran al dominio de sus amos y nada más, era otro fracaso. Por eso estaban perdiendo la guerra; y ahora ante la perspectiva de una derrota definitiva, no se les ocurrió otra cosa que invitar al imperio inglés para que viniera a enderezar la situación. La proyección revolucionaria del 19 de abril y 5 de julio había sido olvidada. La joven república, convertida en dictadura militar personalista, acompañada de una crisis económica persistente y un deterioro social progresivo, sin nada que ofrecer a los esclavos, marchaba hacia su colapso definitivo. Se había creado enemigos por todas partes y no había contentado a nadie.

6. El rápido camino hacia la muerte

Imperturbable, Vicente Salias siguió al frente de la Gazeta, utilizando su talento para sostener una guerra equivocada en sus métodos y sin avenidas claras que ofrecer a los venezolanos. Su última muestra de combatividad nos la da Salias en sus "Cartas de Fabio", que comenzó a publicar en la Gazeta del 26 de mayo de 1814. Bajo la ficción literaria de escribir a alguien que se ha ido al exterior, se dedica a presentar sus últimos combates. Exalta el patriotismo de los caraqueños. Ya sin optimismo, compara la resistencia que se hacía frente a Boves y Rosete con la que hicieron los romanos a Breno, el jefe galo que los invadió en 400 a.C. Derrotados en la batalla de Allia, los romanos no se desanimaron. Los galos llegaron a Roma y la saquearon. Los romanos se encerraron en el Capitolio y resistieron. Los galos se retiraron, no sin antes cobrar un fuerte tributo. Los romanos se reorganizaron entonces al mando de Marco Furio Camilo y en poco tiempo acabaron con Breno y su ejército. Salias sabe que el patriotismo puede hacer milagros, y eso es lo que propone:

Los pueblos que quieren defenderse, son inconquistables, querido amigo mío. Un puñado de venezolanos en la Victoria hizo manifestación de la diferencia que hay entre el hombre libre que defiende sus derechos, y montones de esclavos. El valor, y el honor nacional pelearon allí contra el número, y Caracas salió de entre las manos de los bandidos que intentaban su saqueo y destrucción. (Gazeta de Caracas, 26 de mayo 1814).

No era suficiente. La verdad es que en medio del ajeteo de los combates, el redactor de la Gazeta tuvo que pensar en su propia persona, si las cosas seguían mal. Esto es lo que se filtra de su segunda "Carta de Fabio". Constató que la muerte de tantos oficiales valiosos no ha disminuido el entusiasmo patriótico, pero a falta de algo mejor, prefiere evadirse hacia el futuro promisor que, a pesar de todo, abría la presente revolución:

... cuán felices seremos, mi dulce amigo, si vemos en la América nuestra patria, restablecidos los derechos del hombre, desterrado el orgullo tiránico de nuestros déspotas, y florecientes estos bellos países, por medio de un comercio general con las naciones civilizadas de Europa. Este prospecto lisonjero encanta el alma de un republicano... (Gazeta de Caracas, 30 mayo 1814).

Salias sabe que ese mundo está muy lejos: en todas partes se combate, se sufre, y él Vicente Salias, en su oficina de Caracas, entre libros y pruebas de imprenta, tampoco está seguro, él es objeto de mucho odio, en buena parte provocado por su propia pluma. La muerte podía venir a buscarlo, pero eso no le preocupa, en cierto sentido él ya estaba muerto.

Poco a poco la actividad de Salias en la Gazeta se extingue. Sólo nos queda poner de relieve un artículo que aparece en la Gazeta de 13 de junio bajo el título de "Reflexiones de un militar en el campo de Carabobo". Se trata de celebrar la victoria en la primera batalla de Carabobo —27 de mayo de 1814—, en las sabanas del mismo nombre. Ebrio con esta victoria al parecer inesperada, Salias -pues no es otro su autor-, da rienda suelta a sus odios y deseos de venganza:

...mi vista recorre el campo donde se han aumentado las glorias, y se han elevado nuevos trofeos al honor de Venezuela. Aquí se ven mordiendo el polvo los jefes españoles, Pueyes, Paz Méndez, Somarriba, Infelices!. Yo veo las cabezas divididas de los troncos inánimes. Vosotros venfais a beber la sangre americana: vosotros venfais sedientos de venganza, y de crímenes, y habéis encontrado la muerte sobre el territorio mismo que habéis profanado. ... (Gazeta de Caracas, 13 junio 1814).

Que extraño: toda nuestra tradición historiográfica ha subrayado el espíritu seco y despiadado del doctor Díaz cuando en una carta a Boves le pedía que a su llegada a Caracas ya el redactor de la Gazeta hubiera dejado este mundo. En cambio, nadie ha hablado, ni siquiera señalado la violencia verbal insólita de Vicente Salias, que después de abrumar a sus enemigos con su lluvia de improperios, llega hasta verlos con placer decapitados. Nunca reflexionó, siguió hasta el final denunciando la crueldad española, incluso sintiéndose desesperado y muerto:

... aún humean las víctimas inmoladas por Zuazola, y San Carlos es el testigo de nuevos y horrendos crímenes. ¡Dios eterno!. Si hay españoles en vuestra mansión celeste, yo renuncio a ella. Los atentados cometidos en territorio venezolano, ya no pueden considerarse sin espanto. (Gazeta de Caracas, 13 junio 1814).

He aquí el origen de la leyenda patriótica que quiere que Salias haya pronunciado una arenga final ante el pelotón de fusilamiento, reafirmando su odio sempiterno a los españoles. La verdad es otra: el 15 de junio de 1814 los ejércitos combinados de Bolívar y Mariño fueron aplastados por la caballería

de Boves en la batalla de La Puerta, cae la república por segunda vez. Salias piensa en escapar, pero el buque en que lo hace es apresado por el "Valiente Boves". Conducido a Puerto se le siguió un rápido proceso y lo fusilaron. Era el 17 de septiembre de 1814. El doctor y el arzobispo Coll y Prat no se privaron de manifestar su satisfacción.

BIBLIOGRAFÍA

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. (1960). Epistolario de la Primera República, 2 tomos Madrid, Ediciones Guadarrama.

BOLIVAR, Simón. (1947). Obras Completas, 2 tomos. La Habana, Editorial Lex.

DIÁZ, José Domingo. (1961). Recuerdos sobre la rebelión de Caracas. ANH. Madrid, Ediciones Guadarrama.

FUNDACION POLAR. (1992). Diccionario de Historia de Venezuela, 4 tomos. Caracas, Editorial Ex Libris.

LOPEZ SOTO, Vicente. (1984). Diccionario de autores, obras y personajes de la Literatura griega, Barcelona, Editorial Juventud S.A.

MALAVE de QUERALES, Inés. (1966). Fuentes Bibliográficas para una biografía del doctor José Domingo Díaz. Caracas, UCV, Trabajo de ascenso, ejemplar mimeografiado.

HEMEROGRAFÍA

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. (1983). Gaceta de Caracas. Tomo IV. Caracas, Italgáfica S.R.L.

VICENTE SALIAS AS A JOURNALIST (1813-1814)

Abstract:

Doctor José Domingo Díaz says in his "Memories on the rebellion of Caracas" that Vicente Salias was an audacious man of "a very uncommon knowledge"; nobody doubts of Vicente Salias' audacity, but, what did our famous doctor mean by that of "a very uncommon knowledge"? On the other hand, Vicente Salias' work seems definitely lost, if it once existed. What we have left is his journalistic work as editor responsible for the Gazeta de Caracas between 1813 and 1814, when the Republic falls for the second time. This is the only access available if we try out Doctor Díaz' surprising assertion. Therefore, the study of this journalistic work to a better understanding of Doctor Díaz represents the nucleus and the sense of the present work.